

## Oración fúnebre

que con motivo del 4.<sup>o</sup> Centenario de Fr. Luis de León, pronunció en la Catedral de Salamanca—26 de mayo de 1928—el Excmo. Sr. Arzobispo de Santiago, Fr. Zacarías O. S. A.

*Certamen forte dedit illi ut vinceret:*  
Dios le sometió a una lucha terrible para que en ella venciese. (Sap. 10, 12).

Nunca, SEÑOR (1), nunca subí a la cátedra sagrada con más inquietud, con tan hondo temor y tanto conocimiento de la escasez de mis energías, como en la hora presente. Por el cúmulo de recuerdos que se agolpan a mi memoria en este acto solemnisimo: el recuerdo de aquella España de nuestro siglo de oro, que realizó las más excelsas empresas y las más heroicas hazañas que registra la Historia; el recuerdo del apogeo de su grandeza militar y política, intelectual, artística y literaria, dominando al mundo, más que por las armas, por el pensamiento de sus teólogos, filósofos, humanistas, poetas, arquitectos, escultores, pintores y músicos, armeros y orfebres, guerreros, sabios y santos; el recuerdo de esta Universidad; Atenas Española, «luz de la Patria y de la Cristiandad toda», como dijo Fr. Luis de León, superior a la de París, Oxford y Bolonia, pues el foco potentísimo de luz que de ella irradiaba, extendíase por toda la redondez de la tierra y atraía a sus aulas a gentes de todos los climas y latitudes, a beber la linfa transparente de su ciencia y santidad, nada menos que en sesenta cátedras célebres, conjunto de todas las artes y disciplinas en que puede ejercitarse el entendimiento del hombre: el recuerdo de aquellos siete mil u ocho

(1) S. M. el Rey, Alfonso XIII, acompañando de su augusta hija la Infanta Beatriz y el General Primo de Rivera, Presidente del Consejo de Ministros.

mil estudiantes (porque no cabían más), alegres cual la primavera de la vida, nacionales y extranjeros, con su diverso colorido en el traje y en el rostro, con el estrépito y bullicio de la juventud, que en oleadas invadía las aulas, las calles y las plazas de esta gran urbe, residencia de tantos celebérrimos profesores, genios y lumbreras de la historia y cuya lista es interminable.

¡Oh ciudad inmortal de Salamanca, un día grande, más que por la abundancia de tus campos fértiles, por la magnitud excelsa de tus hijos y la nobleza proverbial de tus moradores! ¡En tu suelo bendito, oreado por las brisas del Tormes, guardas tesoros inagotables de glorias inmarcitas; por tus calles discurrió un día la ciencia, y en tus templos fulguraron las artes; en tus plazas palpité el heroísmo, y en tus muros brillaron la virtud y la santidad con que iluminaste al orbe!

Y al hablar de santidad y de virtud, ¿cómo yo, agustino, podré olvidar aquel famoso convento de S. Agustín, relicario de virtud y de ciencia en donde, según la frase de S. Vicente Ferrer, jamás faltaría un santo? Aún me parece ver la sombra augusta de aquel padre de los pobres, Santo Tomás de Villanueva, Arzobispo de Valencia, cuyas reliquias guardáis en esta catedral: aún me parece oír la voz dulce y vibrante de S. Juan de Sahagún, vuestro Patrono, bálsamo de todas las discordias, nuevo redentor de este pueblo agitado por el odio de partidos y banderías: aún me parece ver la imagen apacible y seráfica del Beato Alonso de Orozco y Venerable Luis de Montoya, Alonso de Borja y Cristóbal de San Martín, y las figuras de tantos sabios agustinos, oradores, escritores, teólogos, filósofos y poetas, desde Villavicencio y Antolínez, Castroverde, Predicador de Reyes y Rey de predicadores, Diego de Zúñiga, Basilio Ponce de León, Malón de Chaide y Juan Márquez, Diego González y Fernández Rojas, hasta Jáuregui y el

Maestro Flórez, que es una enciclopedia; y bien cercana está la memoria del P. Valdés y el P. Cámara, vuestro apóstol amado en los últimos tiempos. Y aunque no llegase a las alturas de la santidad, como presidiéndolos a todos en una fiesta literaria, veo surgir la radiante figura de Fr. Luis de León, serena y grave como la noche que él describiera, augusta y majestuosa como la lengua castellana que él cincelara en versos, estrofas y períodos, dulces como la miel, tranquilos como el agua de la fontana de la Flecha, ostentando en su rostro las arrugas que el genio del espíritu dejó en la piel de su carne mortal y en su frente sublime las cicatrices de cinco años de martirio, para demostrar que «Dios le sometió a una lucha terrible para que en ella venciese», que no hay premio sin mérito, ni corona sin combate, que el reino de la gloria y la humana sabiduría, como el reino de los cielos, sufre violencia, y sólo los esforzados y los valientes le conquistan por asalto.

Porque, como dice un moderno escritor inglés (Bell), en medio de aquel cielo español del siglo XVI, poblado de estrellas de primera magnitud, en el fondo de aquel paisaje deslumbrador, aparece como un sol radiante la figura céntrica y luminosa de Fr. Luis de León, teólogo, filósofo, polígrafo y escriturario, orador y expositor, humanista y poeta, «para quien la belleza era la verdad y la verdad belleza», y a quien quizá, excepto Luis Vives y Arias Montano, su amigo íntimo, ninguno pudo igualarle en la pasmosa agilidad del pensamiento, en la multitud de colores de su fantasía, en la admirable variedad de aptitudes, y en la gran fortaleza del alma para resistir los ímpetus de la tribulación durante un lustro.

Y si la Universidad de Salamanca, ante los ataques de sus enemigos, se mostró un poco ingrata y remisa con el que fue su esplendor y abogado, quiso remediar

y remedió su culpa cuando al salir de la cárcel de Valladolid el héroe perseguido, recibió a la inocencia triunfante, con todo el aparato, con toda la pompa solemne de vítores, de músicas y aplausos y con la asistencia de estudiantes y profesores, caballeros y maestros, labriegos y aristócratas, de pobres y ricos, sabios e ignorantes, como se recibía en la antigüedad a los Césares victoriosos. Y si después de la muerte, la Universidad le dio la preeminencia entre sus hijos queridos por el sarcófago y lápida que dedicó a sus restos venerables, y la plazuela y la estatua que le consagró, y en la cátedra inmortal que aún ama, respeta y admira, como testimonio de aquellas explicaciones sublimes tenidas por milagro, hoy vosotros, señores de la Junta, hacéis bien, por vuestro honor y el honor de España, hacéis bien en este Centenario, al conseguir para honrar la memoria del poeta inmortal que habló cara a cara con el gran Rey Felipe II y a quien Felipe II encomendara asuntos gravísimos de su Reino, al conseguir, digo, que se haya dignado venir a enaltecer este acto con su presencia augusta, nuestro amadisimo Rey, nuestro católico Rey Alfonso XIII, el más católico de todos los reyes del orbe en la hora presente, y el más español de todos los españoles. Mecenas generoso de la Religión, la ciencia y la cultura, y custodio fidelísimo de las glorias patrias; hacéis bien en renovar la admiración y los aplausos que a Fr. Luis de León dedicaron vuestros mayores, para ensalzar la figura gigantesca de aquel a quien el mismo Suárez llamó «sapiéntísimo maestro mío» y Lope de Vega «ingenio celestial» y Cervantes «ingenio que al mundo pone espanto, a quien yo reverencio, adoro y sigo» y Diego de Yepes «luz y gloria de nuestra España» y el Arzobispo de Santiago «portento de la Universidad Salmantina» y Gaspar Baeza «el hombre más docto y el ingenio más ricamente dotado

de su tiempo» y Nicolás Antonio «autor máximo de la elocuencia española» y Basilio Ponce y Critana «admiración y prodigio que basta por sí sólo para honrar a un mundo, cuanto más a la religión y a un siglo» y Arias Montano y el Brocense y Herrera y Pacheco y el Arzobispo de Goa y Moreno Bohórquez y Bossuet. Críticos nacionales y extranjeros, desde los antiguos hasta los modernos, cual Milá y Fontanals y Menéndez Pelayo, que le llama «príncipe de los poetas líricos», y Labouyalde, «el más emiiente lírico de la Europa contemporánea», todos convienen en saludarle como a un alma portentosa en que se juntaron las más variadas y aun opuestas aptitudes, en el grado más excelso, porque dominó todas las ciencias y las artes del siglo XVI.

Señor: quiero anticipar estos elogios, para ahorrar los míos, porque pudieran parecer interesados, al hacer la pálida semblanza de Fr. Luis de León, para justificar que todo lo que se haga en honor del que lo fue de Belmonte, de Salamanca y España, es poco. Fijándome principalmente en algunos rasgos de su vida y de sus obras, y conforme a las palabras que me han servido de tema, *Certamen forte dedit illi ut vinceret*, yo quisiera demostrar que Fr. Luis de León, por esas obras y esa vida, es acreedor a nuestra admiración y aplauso, a nuestras oraciones y a nuestras lágrimas.

Señor: yo no vengo a contaros la vida de Fr. Luis de León que todos saben de memoria mejor que la de otro escritor cualquiera, porque los procesos injustos a que le sometió la hicieron pública en toda España y fuera de España, hasta el punto de que numerosos y excelentes estudios que se han hecho de él se deben a extranjeros.

Sin embargo, falta mucho para describir cual se merece la excelsa figura del hombre, del religioso, del poe-

ra y del sabio en casi todas las humanas disciplinas y, como decía mi insigne hermano y compañero P. Blanco, no hay obra acerca de él que refleje con entera fidelidad, los dramáticos episodios de su vida, «donde los risueños tonos del idilio se unen a la perspectiva lúgubre de la tragedia», aquel conjunto de penas y alegrías, de gozos y pesares, de triunfos y derrotas, de alientos y desmayos, de luz y de sombras, y la firmeza de su carácter y la amplitud y el valor de su genio científico, filosófico y teológico, y la riqueza de su inspiración artística con que, uniendo el arpa de los Profetas y la lira del Cisne de Venusa, modeló, con mármol del Pentélico, la estatua cristiana, con un arte no superado por nadie todavía, «con un arte sin artificio».

Muy intensa y compleja es la vida de Fr. Luis de León, como variadísima su obra. Como sabéis, nació en Belmonte, al pie de un castillo tristemente célebre, como ha dicho hace poco un amigo mío—Kleiser—y si por su construcción formidable, es como un símbolo de la entereza del carácter de Fr. Luis, por las llanuras inmensas de la Mancha, que desde sus almenas se contemplan, parece simbolizar también los horizontes ilimitados intelectuales que ha de abrazar con mirada de águila aquel niño que acaba de ver la luz para gloria de la ciencia, de la religión y del arte.

Niño inocente, despejadísimo, educado por sus padres de verdad cristianos, hizo sus primeros estudios en Valladolid y Madrid, y empezó a conquistar los lauros del triunfo. Así, a los 16 años, el espíritu del Señor, que sopla donde quiere, y guía los pasos de sus elegidos, le llevó a las puertas de aquel célebre convento de santos y sabios de que antes hablé. Respirado aquella atmósfera de ciencia y santidad, y habiendo renunciado para siempre a todos los bienes y deleites de la tierra,

aquel joven, de ingenuidad y sinceridad rudas, pero virginales, sia artificios ni disimulos ni cálculos, hizo grandes progresos en la virtud, y sintiendo la nostalgia de lo infinito, y buscando como único refugio de su alma el amor de Dios y de su Iglesia, jura consagrar toda su actividad y sus ansias a la defensa de ambos, «aunque pierda en ello la salud y la vida», como él nos dice. Sus sentimientos nobles se revelan en sus palabras: «es mi condición no creer mal de nadie hasta que lo veo»; y la rectitud y la humildad echaron hondas raíces en su alma; su rectitud de caballero le llevó a defender a su excelso amigo, Arias Montano, a Grajal y a otros muchos, sobre todo, a los débiles e indefensos y oprimidos, «cueste lo que cueste», porque «la piedad que a los afligidos se debe es un mandato, y perseguir a un miserable es propio de almas viles»; son sus palabras.

De natural vehemente, a pesar de las apariencias que han hecho resaltar los enemigos, se hizo humilde, por virtud, porque jamás se cuidó de las alabanzas de los hombres, porque todo lo bueno se lo atribuía a Dios, como S. Pablo en su Carta a los Gálatas y tratando de la Mística dice: «No somos dignos de experimentar la grandeza de las delicias místicas en que sólo es maestro directo Dios»; y al hablar de Dios, exclama: «¿Quién puede hablar, como es justo, de Ti? Luce, pues, oh solo verdadero sol, en mi alma, y luce con tan gran abundancia de luz, que con el rayo de ella juntamente, mi voluntad encendida te ame, y mi entendimiento esclarecido te vea, y enriquecida mi boca te hable y pregone, si no como eres del todo, por lo menos como puedes de nosotros ser entendido».

Religioso observantísimo le llaman los que le trataron, y desde luego su criterio moral era más bien rígido que laxo, y si de algo pecaba era de severo para

consigo mismo: fue penitente, dice Pacheco, sufrido y piadoso; pasaba las noches en vela, trabajando con espíritu evangélico. Su celo y fervor, compatibles con la santa libertad cristiana, le consumían las entrañas por la observancia de la regla. Así se explica la frase de la que fue brazo derecho de Sta. Teresa de Jesús: «Es santo y muy santo; tiene mucho caudal de Dios». Por ese crédito religioso, sus hermanos le dieron el título de «venerable».

De sus progresos intelectuales, en las aulas y en sus obras, y en la fecundidad prodigiosa de su vida, yo no debo hacer más que un resumen brevísimo para no cansaros.

## II

Desde que ingresó, con el título de Maestro, en la Universidad de Salamanca, mejor aún, desde su profesión religiosa en 1544, escogió al Señor, como «principio de la sabiduría que no entra en las almas malévolas ni en el cuerpo sometido a pecado»; y tales fueron sus adelantos en casi todas las humanas disciplinas, que asombra su agilidad mental y la portentosa variedad de sus libros.

Como filósofo, si no es a la de S. Agustín, no estuvo afiliado a escuela alguna: fue independiente. Reconoce con humildad la pobreza e inopia de los conocimientos humanos, y discurre con profundidad acerca de Dios, la naturaleza y el hombre y su alma, del orden moral, con observaciones preciosísimas de economía política, de la familia, de los estados, de la vida de las sociedades, de la riqueza pública y privada, de la libertad y esclavitud, invocando siempre la unidad como fuente de inspiración y base del amor y la perfección de todas las cosas, en la paz y en el orden necesario a la felicidad humana.

Como teólogo es menos conocido, y merece serlo como pocos, por sus especulaciones sublimes acerca de Dios y de sus atributos, de la Encarnación y de la Fe, la Caridad y la Esperanza, la predestinación y los Angeles, *De Libero Arbitrio*, la Eucaristía y las Leyes. ¿Quién no ha leído «La Perfecta Casada» y los «Nombres de Cristo», que según Menéndez y Pelayo «son el más acabado modelo de belleza intelectual», y sus Comentarios al Libro de Job, llenos de grandeza soberana e infinita melancolía, al describir las miserias de la vida y el dolor y las lágrimas del justo atribulado y perseguido? En el estudio de la Sta. Escritura, de donde le vinieron los sinsabores, se adelantó varios siglos a su tiempo; porque le aplicó la antorcha de la crítica racional y utilizó los medios nuevos de las lenguas orientales, que él dominaba con la erudición de clásicos griegos y latinos.

El Lcdo. Bermúdez de Pedraza dice que «fue predicador afamado por su doctrina y suavidad de lenguaje». Y otros añaden «que arrebatava a la muchedumbre con su elocuencia y sencillez y su dialéctica formidable». Natural debía de ser en él la oratoria, porque su alma era todo fuego y energía, como lo prueban las tres Oraciones que dejó, y libros, como los Nombres de Cristo, en que, suprimiendo el diálogo, muchos capítulos pueden ser discursos maravillosos.

¿A qué hablaros del poeta si muchos de vosotros sabéis seguramente varias de sus poesías, de memoria? En ese manantial límpido y transparente se reflejan todas las bellezas hebreas, griegas y latinas, traducidas al castellano; de tal modo que ese aliento divino que se llama poesía, dice Menéndez y Pelayo, «penetra el alma sin excitar los nervios y la templa y la serena y la

abre, con una sola palabra a los horizontes de lo infinito». Con la poesía y con la prosa exaltó la lengua española Fr. Luis de León y la elevó proporcionalmente al imperio español, que era entonces el imperio más grande del mundo.

Si a estas cualidades excelentes, y cuyo ejercicio supone prodigiosa actividad, añadimos, como dice Bell, «su tacto exquisito para los negocios» cual los que esta Universidad le encomendara, sus viajes, pesadimos entonces, sus obligaciones religiosas, las oposiciones a las cátedras, los asuntos de la Orden y los cargos que en ella tuvo de Vicario General, Rector del Colegio de S. Guillermo, y Provincial, y, por último, omitiendo otras muchas ocupaciones, como las graves e importantísimas en que le ejercitaron nada menos que Su Santidad el Papa Sixto V., y el gran Rey Felipe II...; parece raro y milagroso cómo en medio de tanta agitación y lucha—exclama Menéndez y Pelayo—, se vea en las obras, y sobre todo en las poesías de Fr. Luis, como en parte alguna «la virtud de sosiego, de orden, de medida, de paz, de número y ritmo»; el equilibrio intelectual de su alma, reflejado en sus obras admirables.

Pero, no; «Dios le sometió a una lucha terrible para que en ella venciese», y pronto el mal espíritu de la discordia tratará de romper ese equilibrio, ese ritmo, ese número, esa paz, esa medida y ese orden y sosiego.

### III

Nó: no fue la vida real de Fr. Luis de León un éxtasis poético, aquella vida descansada de las orillas del Tormes que él nos describe con el murmullo de sus aguas, y sus noches serenas, auroras y crepúsculos de rosicler, con el dulce y no aprendido cantar de las aves que le despiertan a la salida del sol, con sus apóstro-

fes a los pájaros y a las flores, a las estrellas y a los mares, a las armonías y hermosuras del universo, con sus ansias infinitas por «el alma región luciente de la patria celestial».

¡Oh! Era enorme el prestigio de Fr. Luis de León; su nombre glorioso era conocido ya en todo España y fuera de España; y dado su carácter caballeresco y generoso, pero de una firmeza inquebrantable, de grandes energías—*ab ipso ferro; et flecti indocilis mens bene conscia*—de una voluntad que no se doblega más que ante la verdad y la justicia, estaba destinado «a bracear, como decía él, contra la corriente», a sostener «cruelas luchas». Porque la mala fe, la traición, la ignorancia, la estrechez de criterio, el celo indiscreto e intolerante y sobre todo la envidia, levantaron contra él la tempestad horrenda del proceso. Basta leerle con serenidad para persuadirse de ello. Y tenía que ser así: porque, como dijo Cicerón la envidia es la demasiado fiel compañera de la gloria, y la sigue como la sombra al cuerpo. Cuarenta años de prestigio se disipan bajo el peso inundo de una calumnia vil. La envidia no es una pasión, es un conjunto de pasiones y la más miserable de todas, y para los envidiosos de uñas y dientes amarillos, hay, dice el Dante, tormento especialísimo en los infiernos. Este odio de la felicidad ajena, causa de todas las grandes catástrofes de la Historia, es «como el fruto y el ápice de todos los vicios», exclama el mismo Fr. Luis. Y tiene formas variadísimas: de águila, de víbora, de tigre, de hiena, y si las demás pasiones tienen su clase y época, la envidia es de todas las clases, épocas y edades. Y «hay manos, continúa él, que se elevan al cielo y chorrean sangre inocente»; y la envidia anida a veces hasta en las almas piadosas, y no es extraño, dice S. Francisco de Sales, «porque las

abejas que fabrican la miel, hacen la picadura más terrible».

Fr. Luis de León no pudo librarse de la lengua *inimica*, de la lengua mala, «que llaga y entizna, dice él, y con dificultad se borra lo que ella ha manchado». Así lo declaran tres de sus biógrafos: «la envidia fue la perseguidora» (Pacheco); «tenía muchos que envidiaban los aplausos, estimación y honra de Fr. Luis, y con la envidia quisieron acabar con él» (P. Vidal); «las manos de sus envidiosos enemigos que procuraron hundirle, fueron las que le encumbraron e hicieron que se extendiese su nombre y fama por todo el mundo». (Basilio Ponce de León).

Veamos en un momento esa calle de la amargura en cuyas piedras y zarzas va dejando trozos de su clámide y su carne el príncipe de los poetas líricos. La traducción del Cantar de los Cantares fue para él una elegía fúnebre a la tragedia de su vida. Y con eso y su opinión respecto de la Vulgata, que después había de triunfar, levantaron una tempestad horrenda, de delaciones misteriosas, de flechazos en la sombra, de amenazas de tormento y de muerte, sin que los enemigos ocultos tuvieran una frase, una palabra de piedad para con él.

Como narra el profeta Jeremías (XVIII-18) decían los enemigos: «Venid, excogitemos planes contra él; hirámosle con la lengua y no escuchemos sus palabras y razones».

Y efectivamente, la delación fue secreta y no pudo defenderse; y al oír la orden de secuestro de sus bienes y de su prisión en las cárceles de Valladolid, vio extinguirse el último rayo de luz y de esperanza.

¡Fecha memorable la del 27 de marzo de 1572!  
¿Quién puede describir la impresión de horror y de es-

panto en el camino y la angustia mortal de su alma al verse recluso en una cárcel lóbrega y estrecha? ¿Qué tristeza sin límites no llenaría su espíritu al tener que decir ¡adiós! al estudio y contemplación de la naturaleza, al deleite de la amistad, a las relaciones del consorcio humano, a las tareas universitarias, a la vida del claustro religioso, a todo un mundo de recuerdos, de ensueños, de proyectos, de ideales que bullían en su alma? Y más horrible todavía era pensar que su prestigio y su nombre y su honor, y el honor de su hábito, quedaban infamados en el arroyo, e iban a ser objeto de befa para los émulos, de lástima a los amigos, de terror y asombro a los ignorantes de la causa; y sobre todo, y por cima de todo, el recuerdo de aquella madre infeliz, anciana y viuda, a quien pudiera quitarle la vida la noticia horrenda de la prisión de su hijo, ¡por hereje! por hereje su hijo, que había consagrado y había agotado todas las fuerzas de su alma por defender a Cristo y a su Santa Iglesia.

#### IV

Y todo ¿por qué? Oigamos sus palabras sinceras: «¡Señor y Dios mío! Si mis manos tuvieron impulso de vengarse, Tú sabes que no; Tu sabes que a nadie hice mal ni a mis enemigos, sino mucho bien. Y si esto no es verdad, no me des amparo en tu casa ni acogida en ella, y entrégame al poder de mis enemigos más terribles, para que se venguen de mí sin compasión ni duelo y que se ceban en mi vida: que me pisen como a polvo y yo vea mi gloria más abatida que la tierra». Bajo la tierra, Señor, ha de caer el grano de trigo para dar origen a una nueva planta, dice Jesús. En el Huerto de Getsemaní ha de pernoctar alguna vez el alma que aspire a subir al Tabor: bajo el peso del dolor y el infortunio, y por la Calle de la Amargura, y en la cús-

pide del Calvario ha de gemir y llorar el alma que con ansias infinitas anhele ver la luz esplendorosa del día de la resurrección inmortal.

Y Dios Nuestro Señor, que, como dice mi gran Padre S. Agustín, sabe sacar de los males bienes, permitió la cárcel de Fr. Luis de León «donde la envidia y mentira le tuvieron encerrado», para purificar su alma de las humanas imperfecciones, para aquilatar los tesoros de su virtud, para santificar en una lucha constante y febril, sostenida por la gracia de Dios y los esfuerzos de su voluntad de acero, las energías de su corazón valiente, que va a salir de la prueba con mayor pujanza y mayor gloria que nunca.

Y así sucedió: a las acusaciones insidiosas, a los alegatos pérfidos, contesta él con frases henchidas de luz y caldeadas por el fuego de la elocuencia, dando gracias a los enemigos por el bien que le habían hecho persiguiéndole—son sus palabras—porque allí «vivió y ejerció la piedad como nunca» y olvidó «los cuidados que gastan el alma y no la dejan pensar en otra cosa». «¡Bendito sea Nuestro Señor Jesucristo, que en todo me ha hecho tanta merced, enviando la paz a mi conciencia, trocando en miel el acíbar y la desgracia en favor, y dando a mi alma el reposo y la alegría que tuve en la cárcel y fuéра echo de menos!»

Como véis, en estas palabras están retratados el espíritu heroico, la virtud sublime, la grandeza moral del gran poeta lleno de piedad verdadera y de resignación cristiana, sin un lamento de ira, de rencor ni de odio para los enemigos. Y si obligado a defender su honor y el del hábito agustiniano, se queja y lamenta, él «que no quería ser juez de nadie», de las dilaciones de los jueces, de la tardanza cruel en dictar la sentencia—esperada durante cinco años casi en un calabozo—(hay

que pasar por ello para apreciarlo), ¿qué?; ¿no es lícita esta queja?

Oid lo que él escribe a este propósito en la Exposición del Libro de Job: «Job tuvo impaciencias y dio muestras de dolor. Pero en esto no pecó ni se enloqueció contra Dios. Si Job no diera muestras de dolor en tan grandes desastres, su paciencia no lo pareciera porque pudieran decir que el enajenado no sentía, y no que de esforzado sufría. Lo fino de su valor estuvo en que sintiera y en que sintiendo, no se dejase vencer por el amargo sentido». Pues, qué: ¿no se quejó N. S. Jesucristo al Padre Eterno por haberle abandonado? En lo cual mostró que no era impaciencia el quejarse, sino propio de hombre, como lo era El Hombre Dios. «Porque el sufrimiento no está en no sentir, que es propio de los insensibles, ni tampoco en no manifestar lo que duele y se siente; sino en que aunque duela, y por más que duela, en no salir de la obediencia de Dios, no rebelándose contra El. Lo más terrible es no sentir dentro de sí y en su ánimo las consolaciones de Dios y los favores con que suele El, en medio de los males, aliviar y alentar a los suyos, y con los cuales a veces embota los filos del mal, y que por medio del dulzor que les derrama en el alma, casi no sienten lo mucho que padece la carne». (Expos. del Libro de Job, caps. 1.º y 3.º).

A estas quejas humanas y a estos consuelos divinos se refieren varias estrofas de sus poesías, sublimes, como aquélla: «Huid, contentos, de mi triste pecho», y la oda A la Ascensión, y las dedicadas a la Virgen Ssma.: «Virgen que el sol más pura», y otra en latín, en las cuales le pide que rompa las cadenas que le oprimen, y a la vez consagra su amor hasta la muerte.

Testigos son mis ojos  
 Que corren sin cesar, como los ríos:  
 Testigos los enojos  
 Que los suspiros míos  
 Declaran por lugares muy sombríos:

¿Cuándo será que pueda,  
 Libre de esta prisión volar al Cielo?

Y esos lugares sombríos y la prisión a que se refiere, no son los de la cárcel de Valladolid, de la cual sale triunfante después de un lustro de amarguras y martirios. ¡Ah! Es ruin, es villano, es cruel el atacar a la víctima, después de la absolución del tribunal. ¿A qué más pruebas que «aquella a que Dios le sometió para que en ella venciese»? ¡Respetad siquiera el dolor y el martirio de tantos días, de tantos meses, de tantos años, coronados por el trinuco de su bien probada inocencia!

Y el pensamiento de la muerte era ya constante en su alma; y la prisión a que alude era la cárcel de su cuerpo; el *«cupio dissolvi et esse cum Christo»*.

¡Oh vida breve y dura!  
 ¡Quién se viese de tí ya despojado!  
 ¡Cuándo seré sacado  
 De tí, y gozaré de mi Esposo deseado!  
 ¡Cuándo me veré unido  
 A Tí, mi buen Jesús con tu amor fuerte!

Piensa en aquella

Morada de grandeza,  
 Templo de claridad y de hermosura,  
 El alma que a tu alteza  
 Nació ¿qué desventura  
 La tiene en esta cárcel, baja, oscura?

Y no teme a la muerte, pues, como decía él: «la

muerte es un sofisma para los justos, pues viven entonces con más intensidad en Cristo», y es dulce y deleitable porque «Cristo gustó del fruto de la muerte para quitarnos las amarguras de ella y poner la semilla de la vida». Vivir en Cristo y morir en Cristo, ese fue su ideal supremo. Por eso cuando en Madrigal, apenas elegido Superior de su Provincia de Castilla, vio acercarse a la muerte a su lecho y señalarle con una mano descarnada las fauces sombrías de la tumba y con la otra romper la copa de oro de sus pensamientos sublimes y las cuerdas vibrantes de su lira, todavía pudo exhalar como suspiro último aquella estrofa arrebatadora:

¡Ea, Señor eterno!  
 Dulzura de mi alma y gloria mía.  
 ¡Ea, Bien sempiterno!  
 Ea, sereno día,  
 Tu luz, tu amor y gracia luégo envía!

Señor: así murió el gran poeta castellano Fr. Luis de León: amó la justicia, la verdad y la belleza y odió la iniquidad. «Dios le sometió a una lucha terrible, para que en ella venciese». Y venció con la tranquilidad del justo, ostentando en su frente, con las arrugas del martirio y los resplandores de la sabiduría, el título de Venerable que se parece en algo al nimbo de la Santidad.

Y, Señor: en nombre de la Patria española que enalteció, de la lengua Castellana que dignificó, de la poesía que elevó a la cúspide del arte; en nombre de la Universidad de Salamanca cuya gloria fue, y de la Orden Agustiniiana cuyo hábito honró y de la Iglesia Católica que defendió hasta morir, en nombre de todos sus admiradores y amigos, yo pido una oración por él, para que gocen sus ojos de los resplandores de la luz eterna! *Lux aeterna luceat ei*. Así sea.